

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Miguel Pastrana Flores, *Entre los hombres y los dioses. Acercamiento al sacerdocio de calpulli entre los antiguos nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008.

La sociedad mexicana estuvo influida por la religiosidad, desde los aspectos políticos, económicos e ideológicos dominados por la esfera estatal, hasta el mundo de las pequeñas comunidades, la familia y el individuo. Nada escapaba al influjo de las fuerzas sagradas enviadas por las múltiples deidades, quienes controlaban todas las actividades, los sucesos sociales y personales, así como las fuerzas naturales y sus manifestaciones.

En esta sociedad determinada por lo sacro, ocupó un lugar principal el especialista de lo sagrado, sujeto de estudio que analiza Miguel Pastrana en este libro. Como el mismo autor lo establece de manera muy explícita, su trabajo lo desarrolla con base en dos ejes: la unidad social denominada *calpulli* entre los mexicas y el sacerdote de dicha comunidad. De esta manera expone en su obra, que es el resultado de un estudio minucioso con una exhaustiva consulta de códices y crónicas de los siglos XVI y XVII, la importancia, características y funciones que tuvo este destacado personaje en la vida de los *calpulli* nahuas del Altiplano central de México durante el periodo posclásico tardío.

El tema central del libro, la institución del sacerdocio, es contextualizado históricamente de manera adecuada, ya que es presentada dentro de marcos de referencia pertinentes, que permiten al lector entender y adentrarse en el tema. Así, destaca diversos aspectos relacionados con la religión como la definición de lo sagrado, las características de los númenes divinos, las funciones y características de los sacerdotes, su participación en los ritos y, en general, los principales aspectos de la visión sagrada del mundo que tenían los nahuas. De igual manera, presenta el contexto social de los mexicas antes de la conquista española y, en especial, nos muestra la importancia y los rasgos de la institución social del *calpulli*. Con base en estos dos ejes, el autor expone su propuesta sobre la relevancia del sacerdote, pero no el que pertenecía a la alta esfera estatal, sino el ministro encargado

del culto en la unidad social del *calpulli*, tema que no había sido abordado anteriormente.

De igual forma, la investigación parte de la dicotomía de lo sagrado y lo profano, conceptos opuestos y complementarios a partir de los cuales se abordan las complejas relaciones entre el individuo, la sociedad y las entidades sagradas. Debido a que tanto los seres humanos como los dioses eran valorados como entidades carentes, con necesidades que debían ser satisfechas por el otro, era necesario establecer relaciones de dependencia e intercambio entre estos dos mundos que eran reguladas por prácticas religiosas con reglas específicas que debían ser bien conocidas y ejecutadas por el especialista de lo sagrado, cuya función social era velar por el bienestar de la comunidad.

En esta articulación de lo sagrado y lo profano destacan las funciones del ministro de culto, intermediario entre los dos polos mencionados y encargado de la comunicación entre el individuo, las comunidades y los dioses quien, para poder desempeñar sus funciones y poder enfrentarse al peligroso contacto con lo sagrado, tenía que cumplir con la observancia de reglas estrictas como el ayuno, la abstinencia y el autosacrificio. Además, este especialista requería de una ardua preparación para descifrar las crípticas señales de los dioses por medio de las cuales las deidades expresaban sus designios. Debía comunicarse con ellos por diversos medios, conocer el momento de la presencia de los dioses en el mundo mediante los calendarios, saber qué rito realizar en el momento exacto, así como la sucesión de los actos simbólicos que conformaban las ceremonias que debían realizarse con gran precisión. Todo ello para que las deidades escucharan y atendieran las peticiones de los hombres y evitar su cólera, lo cual era fundamental para asegurar la vida y continuidad del grupo.

Por eso, estos individuos ocupaban un lugar especial en la sociedad y gozaban de un alto prestigio. En sus actividades de intermediación, el sacerdote desempeñaba un doble papel ya que, por un lado, representaba lo sagrado ante los hombres y, por el otro, a la comunidad ante los dioses para obtener de éstos sus beneficios y dones. De esta manera, el ministro venía a constituirse como un ser liminar, con una calidad ontológica especial que le permitía transitar entre lo profano a lo sagrado, entre una sociedad históricamente dada y el ultramundo. El autor establece las diferentes categorías de sacerdotes, sus características como la limpieza y la fuerza de su corazón o *yollotl*, la imprimaición de su *tonalli* por las fuerzas sagradas, su identificación con el modelo mítico impuesto por Quetzalcóatl, como la vida de penitencia con constantes autosacrificios, la observancia de rígidas normas de conducta y la realización de actividades que lo alejaban de una vida cómoda

para poder cumplir con la pesada obligación de alabar a los dioses. Todo esto en beneficio de la comunidad, ya que de lo contrario el grupo se vería en serios peligros y hasta correría el riesgo de desaparecer. Por ello, sus faltas eran motivo de severos castigos que podían desembocar en la muerte del trasgresor. Asimismo, expone al sacerdote no como un ente aislado alejado del común de la gente, sino en interacción con ella y desempeñándose como intermediario entre la población y los dioses. De esta manera, nos muestra al sacerdote como parte del engranaje social, destacando el importante lugar que ocupaba en la sociedad por las delicadas y peligrosas funciones que desempeñaba al contactarse con lo sagrado.

En las fuentes documentales que se refieren a los mexica, hay múltiples referencias a los sacerdotes pertenecientes a las altas esferas del poder que participaban en la organización y dirección de las diversas y fastuosas fiestas estatales que se efectuaban a lo largo del año. Sin embargo, los datos son más escuetos en lo que se refiere al culto que tenía lugar en el interior de las comunidades conocidas como *calpulli*, así como la información sobre los ministros que dirigían los ritos que se realizaban al interior de ellas. Y es precisamente sobre estos personajes sobre los que se centra el estudio que nos presenta Miguel Pastrana. Hay que señalar que no debe haber sido trabajo fácil, ya que para presentarnos sus propuestas de interpretación, el autor seguramente debió de “espulgar” los documentos para recuperar las referencias dispersas a lo largo de muchas páginas y éste es, justamente, uno de los valores del libro.

Para desarrollar este tema, el autor parte de la diferenciación entre religión estatal y religión popular, y expone la dinámica y articulaciones rituales entre estos dos ámbitos sociopolíticos. Así establece que la religión popular, centrada en la subsistencia alimenticia y en el bienestar y reproducción del grupo, era la propia de los *calpulli*, ya que tenía como objetivo obtener beneficios de las deidades para cubrir las necesidades de la colectividad. En este ámbito, bien señala el autor, ocupaban un lugar central los *calpulteteo*: dioses creadores de pueblos, guías y dispensadores de bienes identificados con los *tlaloque*, protectores y benefactores de sus grupos, además de que incidían directamente en la conformación de la identidad cultural de cada comunidad.

Otra de las aportaciones de esta obra es lo que se refiere a las interacciones entre los *calpulli*, sus sacerdotes y su articulación con el aparato estatal, para lo cual el autor determina que la ocupación de los altos cargos sacerdotales estaba en relación directa con los *calpulli*, además de que estos individuos recibían una rígida y concienzuda preparación para poder llevar a cabo sus deberes religiosos. Asimismo,

señala la estratificación social al interior de estas unidades sociales, con base en la composición de sus linajes, para el desempeño de los cargos de dirección.

Por otra parte, Pastrana también contempla la elección divina de un sujeto, mediante sueños o enfermedades, para acceder a la calidad de sacerdote intermediario entre lo profano y lo sacro. Este llamado ha sobrevivido hasta la actualidad, además de que está ampliamente documentado en crónicas e informes de la época colonial. De esta manera, diversos aspectos del culto popular escaparon a los embates del poder colonial, sobre todo en sitios alejados y de difícil acceso, en donde se puede observar todavía la existencia de ministros de culto, llamados en los documentos del siglo XVII “viejos señalados”, quienes en el periodo del dominio español continuaban practicando ritos en beneficios de sus comunidades como, por ejemplo, ceremonias y conjuros para propiciar la agricultura y asegurar la cosecha, obtener beneficios en la pesca y en la cacería, curar enfermedades, así como evitar daños y maleficios.

Como lo señala el investigador, uno de los sacerdotes que a pesar de su importancia no ha sido estudiado suficientemente es el *tonalpouhqui* o “contador de los días”, ministro que se encargaba de interpretar el *tonalpohualli*, libro de los destinos por medio del cual se auguraba la suerte de la vida del individuo desde que nacía, señalaba los días propicios y nefastos e indicaba las fechas convenientes o peligrosas para realizar diversas actividades, entre ellas, algunas fiestas. De acuerdo con la propuesta del autor, el *tonalpouhqui* era un sacerdote popular propio del *calpulli* que fue absorbido por el *Tlatocayotl* en su afán de controlar a la población mediante la religión oficial, pues algunas de sus funciones, como la confesión, fueron monopolizadas por los sacerdotes de Tlazoltéotl. Sin embargo, debido a su carácter de sacerdote popular pudo sobrevivir hasta nuestros días en diversas comunidades, y tuvo un amplio desempeño en la época colonial, ya que para la comunidad representaba un liberador de angustias ante los designios dictados por los dioses.

Por último, cabe mencionar que la obra no se reduce únicamente a datos obtenidos sobre los mexicas, sino que el investigador echa mano, también, de documentos de otras regiones para mostrar cómo se expresa la unidad mesoamericana en el ámbito de la conducción de los ritos en las comunidades. Asimismo, expone información contenida en documentos elaborados en el siglo XVII, provenientes de la campaña conocida como “extirpación de idolatrías”. Con el análisis de la religiosidad de esa época, Pastrana nos presenta al sacerdocio como un fenómeno social de larga duración, con base en la preservación de

diversas creencias y prácticas rituales entre la población indígena, consideradas en ese momento como paganas y demoníacas, así como la supervivencia del intermediario entre la comunidad y las fuerzas sagradas, ahora considerado como brujo o curandero, pero siempre cubriendo las necesidades de intermediación entre el grupo y las entidades divinas que controlaban la dinámica del mundo y de la naturaleza.

SILVIA LIMÓN OLVERA

Lourdes Báez Cubero y Catalina Rodríguez Lazcano, *Morir para vivir en Mesoamérica*, México, Consejo Veracruzano de Arte Popular/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008, 345 p.

El volumen que hoy presentamos resulta peculiar por diversas razones. En primer lugar, los artículos —doce en total— son producto de trabajos de campo de otros tantos investigadores que, en distintas comunidades del país, se dieron a la tarea de entrar en los pormenores de toda una serie de ceremonias y rituales que se continúan practicando en ellas. En segundo lugar, el tema que se convierte en común denominador del libro es el de la muerte, en donde podemos observar semejanzas y diferencias que distintas etnias practican desde el momento de la muerte del individuo hasta que pasan días, semanas y aun años en donde el difunto sigue presente dentro de la ausencia que su muerte provoca con todas sus implicaciones simbólicas, económicas y de diferentes tipos. Podemos añadir otras razones que hacen del libro un verdadero aporte al tema que asume. Me refiero a la amplia bibliografía que reúne al final, en donde vemos un verdadero *corpus* de investigadores que se han dedicado, en el pasado y en el presente, al estudio de la muerte en el mundo prehispánico, colonial y en el momento actual. Por otra parte, es de suyo importante que la mayoría de las ideas aquí presentadas por los autores fueron motivo de discusión y debate en el simposio efectuado en 2004 por la Sociedad Mexicana de Antropología en su versión XXVII, celebrado en Jalapa, Veracruz, coordinado por Lourdes Báez y Catalina Rodríguez, quienes también fungen como responsables de esta publicación.

Quiero agregar que el hecho de que esté hoy aquí con ustedes obedece a varias razones, entre las que quiero destacar dos que considero relevantes: por un lado, la muerte inesperada de Felipe Solís, quien iba a hacer la presentación de este libro, y por el otro que, siendo yo director del Museo Nacional de Antropología entre 1986 y 1987, promoví una exposición sobre la muerte que reuniera tanto las expre-